

Así es la vida, Carlota

GEMMA LIENAS

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

Capítulo 1

Eran casi las siete de la tarde de aquel domingo y regresaba, como cada día desde el jueves, de visitar a Ramón. ¡Cuatro días!, y todavía no me había acostumbrado a verlo en semejante estado. Me estremecía observarlo a través del cristal, con la cabeza vendada, enchufado a todas aquellas máquinas que le ayudaban a respirar, le controlaban los latidos del corazón y le mantenían la vida artificialmente.

Me estremecía, sí, pero me sentía en la obligación de ir a verlo. Pensaba que mientras yo estuviera allí, cerca de él, no podía morir. Por esa razón lo miraba fijamente y, sin palabras, lo llamaba por su nombre. Pero Ramón permanecía con los ojos cerrados, inconsciente, navegando en un espacio desconocido entre la vida y la muerte. De vez en cuando, Julia, su madre, lloraba o nos decía a Berta y a mí: «Vamos, queridas, no es necesario que se queden aquí tanto tiempo; vayan a casa y ya les avisaré si se produce algún cambio». Nosotras movíamos tozudamente la cabeza y nos quedábamos en el hospital hasta que se terminaba la hora de visita.

Así que aquella tarde de domingo regresaba a mi casa con el corazón encogido, como cada día desde que Ramón había tenido el accidente con la moto, que le había

dejado la cabeza malherida y la vida tan frágil como la llama de un fósforo. Notaba mi corazón, o lo que fuera, arrugado, arrugadito como una manzana marchita, y se me clavaba, pesado como una comida mal digerida, en la boca del estómago. No me daban ganas de hacer nada, salvo encerrarme en mi habitación, tumbarme en la cama y que me dejaran en paz. Pero en cuanto metí la llave en la cerradura me di cuenta de que mis deseos no podrían llegar a realizarse. No habría sido capaz de explicar por qué tenía esta sensación y, sin embargo, la tenía.

La casa estaba sumida en un silencio extraño y denso. Ni tan siquiera se oía la música-para-sordos del tocadiscos de mi hermano. Todo parecía sosegado, tranquilo, y, a pesar de esas apariencias, yo notaba que una violenta tempestad se cernía sobre mi cabeza. ¿Sobre la mía, o más bien sobre la nuestra; es decir, sobre la de Marcos y la mía? ¡Uf! Seguramente nos habíamos olvidado de ordenar el baño, o quizá todo era a causa de la pelea de ayer por el chaleco. La culpa fue totalmente de Marcos, que, como siempre que me presta una prenda, luego me grita porque dice que no se la he devuelto y que ha tenido que ir a buscarla él mismo a mi habitación, o bien que se la ha devuelto arrugada y manchada. Bueno, que en cualquier caso, se queja.

Intenté entrar en casa sin hacer ruido, procurando no llamar la atención. Afortunadamente nuestro departamento es muy grande y, evitando el pasillo que da a la sala, pude deslizarme hacia mis dominios sin ser vista. Pero, justo en el momento en que cerraba la puerta, oí:



«Psss, psss». Me di la vuelta y vi a Marcos que sacaba la nariz de su antro. En realidad, yo lo llamo su antro para molestarle, aunque debo reconocer que siempre tiene su habitación más ordenada que yo la mía.

—Acércate, tonta, ¿no ves que quiero hablar contigo?

—Mira, especie de cretino, si empiezas así, no voy a hacerte caso.

—Bueno, niña, déjate de historias —me soltó Marcos con voz conciliadora mientras abría la puerta de su habitación de par en par.

—De acuerdo —cedí al fin.

Aproveché aquella tregua y entré en su habitación. Me senté en su cama, que tenía la colcha arrugada y la almohada retorcida, aplastada y con señales de haber aguantado una cabeza durante horas, prueba de que mi hermano, tan activo como siempre, se había pasado la tarde tumbado en la cama.

Marcos sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la camisa y me ofreció un cigarrillo. Hice un gesto negativo con la cabeza, porque no estoy dispuesta a destruir mis pulmones con el tabaco, y empecé a morderme una piel de un dedo sin mostrar sorpresa alguna; como si fuera lo más normal del mundo que tu hermano de trece años se ponga a fumar tan tranquilamente una tarde de domingo. Encendió el cigarrillo con poca habilidad. Era evidente su inexperiencia. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada; nos limitábamos a mirar las volutas de humo que ascendían hacia el techo.



—Me parece que vamos a tener lío —comentó Marcos.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté, sin hablarle de mis impresiones.

—He oído cómo se peleaban.

—¡Vaya novedad! —no pude contener una risa irónica—. Hace dos años que lo vienen haciendo. No pensarás que tengo que preocuparme porque lo hayan hecho una vez más, ¿verdad?

—No, claro que no; aunque creo que hoy ha sido algo diferente.

No tuvo tiempo de contarme por qué la pelea de aquella tarde no le parecía como las demás; apenas terminó de hablar, se abrió la puerta y apareció nuestro padre con cara de circunstancias.

Lo primero que pensé fue: «Ahora se va a armar. Se enfadará porque Marcos está fumando y porque yo he vuelto a casa y ni tan siquiera me he acercado a saludarlos».

Pero no, me equivocaba. Papá ponía cara de estar muy cansado y muy triste y de no ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Ni siquiera prestó atención a la collilla, que todavía humeaba, precipitadamente aplastada en el cenicero.

—Vengan un momento a la sala —nos dijo, mientras se levantaba las gafas y se restregaba los ojos—. Su madre y yo tenemos que hablarles.

Aquello no olía a nada bueno. Vuelvo a decir que no sé por qué razón lo intuía, pero algo no marchaba bien.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia la sala, empecé a pensar rápidamente para ver si era capaz de adivinarlo. No lo fui, pero, de pronto, empecé a sentirme incómoda y un poco asustada.

Mamá estaba en la sala, de pie junto a la ventana. Había descorrido un poco las cortinas y miraba hacia la calle. Cuando notó que entrábamos, se dio la vuelta para mirarnos y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. La punzada de incomodidad que antes sentía se me convirtió en miedo, y se me puso la piel de gallina.

—¿Nos sentamos? —preguntó papá, y miró a mamá, como si no fuera posible hacerlo sin su consentimiento.

Mamá hizo un gesto con la cabeza que quería decir que sí, que de acuerdo, y sus rizos se movieron dulcemente.

Marcos y yo nos sentamos en el sofá y papá se derribó en la butaca de piel gastada, la que siempre utiliza para leer. Miró de nuevo a mamá, como si le pidiera que, por favor, viniera a sentarse con nosotros, que si no, no podía empezar.

Mamá se acercó, se puso a mi lado y me acarició el cabello. Sonrió levemente, como si tuviera vergüenza.

—¿Cómo está Ramón? —me preguntó en voz muy baja.

—Igual —le contesté.

Y aunque no se lo dije, le agradecí su interés. Mamá parecía ser la única persona de la familia enterada de que Ramón había tenido un accidente de moto.

Papá se aclaró la garganta. Mamá empezó a jugar con un encendedor de alabastro que hay sobre la mesa baja, y a mí en lo único que se me ocurrió pensar fue en lo horrible que era aquel encendedor. Estaba convencida de que a nadie le gustaba, pero como llevaba tantos años allí, ya nadie se daba cuenta de ese detalle ni hacía nada para quitarlo de en medio. Mamá tamborileaba con sus uñas sobre el alabastro. Me estaba poniendo nerviosa.

Para que dejara sus manos tranquilas, utilicé una de mis tácticas preferidas: observé fijamente aquellas manos con mirada asesina. A veces da resultado, pero no siempre; sobre todo con mamá, esta técnica parece condenada al fracaso. «Clicliclic, clicliclic, clicliclic», hacían las uñas. Observé a Marcos de reojo para saber si también él se estaba poniendo nervioso, pero lo vi sereno, como siempre. Me gustaría conocer su secreto. ¿Cómo hace para no perder nunca la calma? Bueno, o para perderla solo de vez en cuando, por ejemplo, cuando le ensucio los chalecos.

Mamá dejó de jugar con aquella pieza de alabastro, encendió con ella un cigarrillo, dio una fuerte calada y aspiró el humo profundamente, casi con avidez.

—Bien, no es fácil decir lo que tenemos que comunicarles, pero, como ya son mayores, lo mejor será que lo expliquemos sin rodeos.

«Ya era hora», pensé yo, sorprendida de ver que era papá y no mamá quien dirigía la operación y quien pensaba hacer uso de la palabra. «No es normal», me dije. Pero me guardé mis comentarios, porque me di cuenta

de que era mejor callar. Contemplé a mi padre con cara de mucha atención, la misma que pongo en clase de español, y que suele dar buen resultado. Papá debió de sentirse animado por el interés que le demostraba. Menos mal que se me ocurrió aquello, porque Marcos ponía cara de estar medio dormido; me habría gustado darle una patada para espabilarlo, pero no me atreví. El ambiente era demasiado tenso y me pareció que mi iniciativa no sería bien recibida ni por él ni por mis padres.

—Al grano, pues —continuó papá—, mamá y yo hemos decidido que durante un tiempo nos hacen falta unas, digamos, vacaciones matrimoniales. Es decir, que nos conviene no vivir juntos.

Fue como si me hubiesen arrojado de golpe sobre la cabeza un saco de arena. Me sentía tan estupefacta que no podía ni siquiera hablar. La situación era mucho más grave de lo que yo había sospechado. Observé a Marcos con el rabillo del ojo y vi que se había despejado por completo y pasaba su mirada pasmada de papá a mamá alternativamente, con expresión de total incredulidad. Sus ojos estaban tan brillantes que parecía que estuviera a punto de llorar. Yo también me sentía al borde de las lágrimas. Notaba que mi corazón estaba mucho más arrugado que antes y que todavía me pesaba más, tanto que casi no podía respirar.

Unas vacaciones matrimoniales: ¡como si hubiésemos nacido ayer y no supiéramos lo que eso significaba! Tengo demasiados amigos cuyos padres se han separado como para ignorar que si un día ellos te convocan para

anunciarte que durante un tiempo les es preciso vivir cada uno por su lado, eso significa que han decidido separarse. Lo que ocurre es que no tienen valor para comunicárselo de golpe a los hijos, ni para admitirlo ellos mismos. Pero, vamos, a mí no me engañaban.

—... pueden entenderlo, dada su edad —papá debía de hacer ya un ratito que hablaba, pero yo no me había dado cuenta porque estaba dando vueltas a lo que acababa de escuchar—. No es fácil para nadie, ni para ustedes ni para nosotros, pero conseguiremos todos salir adelante.

«Qué cara más dura», pensaba. Ellos, por lo menos, habían podido tomar la decisión, discutirla, digerirla. Pero a nosotros, a Marcos y a mí, ¿quién nos había pedido nuestra opinión? ¿Alguien nos había preguntado si estábamos de acuerdo o no?

No sabía qué era más fuerte en mi pecho, si la tristeza de pensar que ya no viviríamos más juntos, o la rabia de sentir que no habían considerado en absoluto nuestro parecer en todo aquel asunto. Tenía muchas ganas de soltar lo que pensaba acerca de todo ello, o de preguntar cómo nos organizaríamos y cuánto tardaría en irse papá, pero no me atrevía porque tenía miedo de echarme a llorar como una tonta. Me sentía tan blanda, tan enfadada, tan triste...

—De modo que se separan... —balbuceó Marcos con una voz para mí desconocida. Una voz de niebla, medio desmayada.



Me sorprendió Marcos: por una vez se había dado cuenta en qué iba la película. No acostumbraba a ser así. Normalmente, cuando tomaba conciencia de las cosas hacía ya rato que habían pasado.

—No, Marcos, no está claro que vayamos a separarnos. Yo he hablado de un tiempo de separación.

Me di la vuelta hacia mamá para ver qué opinaba. Quería saber si Marcos y yo estábamos equivocados en nuestras suposiciones. Porque estaba claro que los dos interpretábamos de la misma manera lo que nos había contado papá. Y, de pronto, mamá me pareció mucho más vieja que por la mañana. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si tuviera uno de sus horrosos resfriados. No estaba muy bien peinada, y sus rizos oscuros y cortos le caían por delante de la cara. Era extraño en ella aquel abandono, porque normalmente mamá es muy presumida. También me di cuenta de que había adelgazado mucho. No me había fijado en ello hasta aquel momento. Las arrugas incipientes de las comisuras de los labios parecían más marcadas que nunca. Me dio pena. Solo entonces me pregunté de quién debía de ser la culpa. Y me volví violentamente hacia papá casi con resentimiento. Pero tampoco tenía aspecto de culpable; parecía más bien desamparado y perdido. Se diría que también él había envejecido de golpe. El poco pelo que le quedaba se le estaba poniendo muy canoso a la altura de las sienes. Las manos le temblaban. Me sentí muy vieja yo también.



Papá había dejado de hablar y todos escuchábamos a mamá, que no decía nada que no supiéramos ya; simplemente repetía, con distintas palabras, lo que ya sabíamos.

—¿Cuándo...? —empezó a preguntar Marcos, pero no pudo continuar, porque la voz se le empañó.

Papá, que, como todos, había adivinado la pregunta, le contestó:

—Pronto se marchará.

—¿Se marchará? —saltamos a la vez Marcos y yo con incredulidad.

—¿Quién se marchará? —insistí yo, y me salió una voz tan aguda que no me pareció la mía.

—Yo —respondió mamá y, al darse cuenta de nuestra sorpresa, añadió—: ¿Qué es lo que les extraña?

Efectivamente, mamá no se equivocaba: me sorprendía que fuera ella quien se marchara de casa. Nos sorprendía, tendría que decir, porque, a juzgar por la cara de atontado que ponía mi hermano, él tampoco se lo esperaba.

No era habitual. Menos que habitual: ninguna familia solucionaba ese problema de esta forma. Es decir, que no solo nuestros padres tenían la cara dura de tomar las decisiones unilateralmente, sino que además lo organizaban todo tan mal como si lo hicieran a propósito.

Yo estaba segura de una cosa: si mamá se marchaba de casa, todo iría mal. Porque hay que reconocer que la única persona de la familia que se ocupa de la casa es ella, a pesar de que se pasa el día dándonos la lata con

lo de la igualdad: que si la mujer y el hombre tienen los mismos derechos, que si ya era hora de que la mujer entrara en el mundo laboral, que si toda la familia tiene que colaborar en las tareas domésticas, etc. Cuando se pone así, papá y Marcos —y yo también un poco, aunque reconozco que no debería hacerlo— nos reímos de ella y le decimos que saca la bandera lila, es decir, la bandera de las feministas. Pero, en realidad, si mamá no se encarga de hacer funcionar la casa, nadie la sustituye en esa misión. A menudo se lamenta de que ninguno de nosotros la ayude, y papá siempre le contesta lo mismo: «Di qué hay que hacer y lo haré». Pero ella refunfuña y explica que no se trata de eso, de hacer exactamente lo que ella diga, sino de tomar la iniciativa y de recordar, por ejemplo, que se ha terminado el papel higiénico, o de empezar a hacer la comida cuando ella se retrasa. De modo que, ¡uf!, si a partir de ahora era papá quien se iba a encargar de hacer funcionar la casa, estábamos fritos.

En fin, decidí que había llegado el momento de intervenir. Contesté la pregunta de mamá:

—Claro que nos extraña. ¿Conoces a alguien que haya solucionado el problema de esta forma? Ya es bastante con que se separen como para que, encima, lo hagan tan estrambóticamente.

En cuanto terminé de hablar, deseé que la tierra me tragara. La voz me había salido llena de rabia. Y no era eso lo que quería.

Mamá rompió en un llanto silencioso. Papá se levantó y fue a su lado para consolarla, pero ella lo rechazó

con suavidad, como siempre hacía últimamente. Marcos me miró por encima de la espalda de papá y me fulminó con la mirada. Pero, afortunadamente, no me desintegré. Ni siquiera le devolví la mirada; no estaba de humor para hacerlo.

Mamá se había tranquilizado un poco y papá, que había vuelto a sentarse, ponía cara de enfadado. Nadie hablaba y aquel rato parecía hecho de hielo. Yo hasta me notaba las manos frías y la piel de gallina. Para suavizar un poco el ambiente, le pregunté, con una voz aparentemente desenvuelta:

—Así que, ¿cuándo te marchas, mamá?

—El mes que viene —contestó ella con voz nasal. Y después se sonó con un pañuelo de papel.

Sobre la mesita baja de delante del sofá había un montón de bolitas de papel, y la nariz de mamá estaba visiblemente hinchada.

—¿Y adónde te irás a vivir? —quiso saber Marcos.

«Buena pregunta», pensé yo. Porque si mamá se marchaba a vivir a otra parte, seguro que Marcos y yo iríamos a visitarla de vez en cuando. Así que me parecía interesante conocer el sitio en el que se iba a instalar.

—He encontrado una casa antigua no muy lejos de aquí. Está muy vieja y descuidada, pero confío en que cuando me traslade a ella cambiará de aspecto.

No pude evitar mirar a mi alrededor, aquellas paredes, nuestro departamento. Era grande y confortable. Para mi gusto, no le faltaba detalle. Y ahora mamá tendría que empezar de nuevo. ¿Es que no le daba lata? ¿Tan

mal iban las cosas entre papá y ella? ¡Y yo que me había imaginado que ya se habían hecho a la idea de pasarse la vida como el perro y el gato!

Realmente, hacía mucho tiempo que las cosas no marchaban bien entre papá y mamá. No podría decir exactamente desde cuándo duraba esta situación, porque el día en que me di cuenta de que se peleaban por cualquier tontería, también vi con claridad que la situación no era nueva. Quiero decir que probablemente hacía ya mucho que todo se había deteriorado entre ellos y hasta aquel momento yo no lo había notado. Ciertamente, como dice Mireya, no puedes estar tranquila ni un minuto. ¡Los padres! Cuando menos lo piensas, ya te han echado a perder.

—¿Comprarás muebles nuevos? —preguntó Marcos.

—Poco a poco, hijo, poco a poco. Tienen que pensar que deberemos adaptarnos a la nueva situación, ya que no es lo mismo vivir con dos sueldos que con uno. Además, de momento no es preciso hacer demasiados gastos, porque ya saben que la separación es solo temporal —añadió mamá, con una voz tan falsa que dejaba adivinar que ni ella misma creía lo que acababa de decir.

Miré a Marcos, él me devolvió la mirada y eso nos bastó para ver muy claro que los dos pensábamos lo mismo: aquello no tenía remedio. Estábamos destinados a engrosar las filas de los hijos de padres separados.